

*En busca del chico
irrompible*

*Coque
Macho*



Coque Macho

*En busca del chico
irrompible*

zenith

1.ª edición: junio de 2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Coque Macho, 2020

Corrección de estilo a cargo de Verónica García Pérez

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2020

Zenith es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de la cubierta e interiores: © Ignasi Font

ISBN: 978-84-08-22805-9

Fotocomposición: gama, sl

Depósito legal: B. 7.333 - 2020

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – Printed in Spain

I

¿CIELO?



1

Obviamente el acto de la resurrección no sucede sin más, todo sigue un proceso. Comenzamos con una profunda bocanada de aire caliente y denso acompañada de un primario sonido gutural procedente de los mismísimos albores de la concepción humana. De forma simultánea, los ojos se salen de sus órbitas; inflamados, perdidos, inyectados en sangre. Hinchazón en el pecho, ardor, palpitaciones exageradas, caja torácica a punto de reventar por culpa del hercúleo sobreesfuerzo que debe hacer un corazón en desuso para volver a irrigar todas y cada una de las células de un organismo abocado a la descomposición. Piernas y brazos dibujan ángulos imposibles como si fuesen unidades completamente autónomas de un mismo cuerpo, tan solo regidas por los espasmos que un sistema nervioso al borde del colapso trata de hacer llegar a todas y cada una de las células. Latido, latido, latido... Uno tras otro, al ritmo, sincronizando una hasta hace poco inútil masa muscular con el fluir temporal del universo. Todo un organismo vibrando al compás. Desde el pecho, convertido en epicentro del milagro, cada nueva pulsación se encarga de reactivar una red de arterias y venas que hasta

hace tan solo unos segundos no era más que un trasnochado sistema hidráulico pasto de la obsolescencia programada. El regreso de la multisensorialidad en forma de orgasmo prematuro. Volver a la vida, en sí mismo, no está del todo mal. ¿Duele? ¿Molesta? ¿Es placentero? No sabría decirlo, en mi caso fue como una mezcla de todo. Qué concreto, diréis. Sin embargo, en mi pequeño Valhalla sensorial se coló una ligera sensación de incomodidad... No molaba. Nada. Y el malestar parecía provenir de mis manos. Sin ningún tipo de información espacial, mi instinto hizo que dirigiese la mirada hacia mis extremidades superiores entre bocanada y bocanada tratando de comprobar qué era lo que estaba causándome esa desagradable sensación, pero por mucho que mi cuerpo me informara de que mis ojos estaban abiertos, moviéndose y enfocando en aquella dirección, mi cerebro no era capaz de procesar con la suficiente rapidez aquella infinidad de datos. No veía nada. Supongo que toda resurrección tiene sus efectos secundarios y mi sesera estaba demasiado ocupada tratando de gestionar el resto de los estímulos que copaban mis receptores.

Poco a poco empecé a reconocer formas y colores hasta que mis ojos fueron capaces de enfocar. Aquello... ¡aquello tenían que ser mis piernas! Todo seguía estando demasiado borroso como para distinguirlo con claridad, pero... ¿qué iban a ser si no aquellas dos formas alargadas adheridas a mi bajo vientre? Súbitamente fui consciente de la tensión a la que estaba sometiendo mis músculos y fui relajando las extremidades hasta poder sentir brazos y piernas como partes plenamente funcionales de mi propio ser. De nuevo aquella sensación de molestia en las manos hizo que descubrir qué estaba sucediendo allí se convirtiera en mi prioridad número uno. Ordené a mi mente que flexionase los músculos del brazo y sorprendentemente estos obedecieron colocando lo que debía ser el final de mis extremidades superiores a la altura justa de mis ojos. Seguía siendo incapaz de ver algo medianamente nítido, y mucho menos de descubrir qué era lo que me estaba pasando a simple vista. Al princi-

pio mi cerebro me decía que quizá tuviese algo enterrado bajo las uñas, pero descarté esa idea a medida que el dolor se fue incrementando. Mi sorpresa fue mayúscula al comprobar que mis uñas hacía tiempo que ya no... ¿eran? Forzando la vista al máximo creí distinguir una masa arenosa y compacta que cubría mis dedos. Sin embargo, tras estudiar la situación durante unos instantes y cegado por el intenso dolor me di cuenta de que el panorama era mucho más complejo de lo que había previsto en un principio. Mis dedos... En muchos de ellos ni siquiera podía llegar a distinguir las últimas falanges; en su lugar había una mezcla nauseabunda de sangre, barro y lo que parecían ser astillas que se escurría por los nudillos hasta llegar a mis muñecas.

¿Qué estaba sucediendo?

De repente me di cuenta de que podía oír. El constante ruido blanco del que ni siquiera había sido consciente fue sustituido por una sinfonía de pitidos y murmullos que profanó mis canales auditivos y me provocó una fuerte e incómoda sensación de desorientación.

—¿Cielo?

Giré la cabeza hacia el origen de aquella voz. Una mujer de mediana edad con gesto amable, melena rojiza y una camiseta que rezaba «*Welcome home*» me sonreía a una distancia demasiado escasa como para considerarla prudencial. Noté su mano en mi hombro y mi cuerpo reaccionó con violencia. La aparté de un golpe y me levanté tan rápido que parte de aquella masa sanguinolenta mancilló mis pies. Las piernas me fallaron y caí al suelo advirtiendo cómo la escena la completaban decenas de gestos curiosos que rodeándome clavaban en mí sus iris policromáticos. Los ruidos y las imágenes que se proyectaban en mi cabeza eran tan intensos que por un momento pensé que iba a desmayarme. Una arcada se abrió paso a través de mi garganta e hizo que mi estómago se contorsionase en un intento de huir de mi propio cuerpo. Vivir era tan intenso que dolía. Dolía mucho.

—Solo queremos ayudarte —dijo la mujer mientras avanzaba hacia mí tendiéndome la mano.

Me sorprendí a mí mismo al ver lo lejos que había llegado en mi intento por huir de ella, comprobé cómo el círculo de curiosos que antes me rodeaba ahora parecía haberse dispersado ligeramente, con lo que tenía algo más de espacio para maniobrar. Todos ellos me miraban de hito en hito sin comprender muy bien qué estaba pasando. De nuevo mi cerebro desbloqueó otro estímulo que recorrió mi sistema nervioso como una revelación. Bajé la vista y comprobé que la superficie sobre la que estaba arrodillado era la misma que cubría mis manos y mi cuerpo entero. Arena. De repente los últimos sentidos que permanecían dormidos se activaron y me provocaron una convulsión reveladora. El mar inundó mis interiores. Todo era sed, la boca me sabía a sal y mis fosas nasales me escocían, inflamadas por el contacto con el océano. La frustración se apoderó de mí y completamente fuera de mis casillas traté de levantarme sin éxito emitiendo un sonido más propio de un animal que de un ser humano. Me arrastré como pude hacia atrás, mientras mantenía a la mujer pelirroja frente a mí y a la multitud congregándose ahora a su alrededor. Continué mi avance cegado por la necesidad de huir a toda costa, reptando por la superficie arenosa y preguntándome qué, cómo, cuándo, dónde y por qué. De repente sentí cómo mi cuerpo cambiaba bruscamente de medio. Una fuerte ola rompió contra mi espalda; el océano bañó mis brazos y mi cerebro trató de gestionar sin mucho éxito una infinitud de nuevas sensaciones. Frío, inseguridad, desconcierto, mareo, náuseas, taquicardia, dolor, dolor, dolor... Mi bestia interior despertó en cuanto mis mutilados dedos entraron en contacto con el agua salada. Aquel bautismo marino hizo brotar un alarido del rincón más remoto de mi ser que a partir de ese preciso instante pobló las noches más oscuras de todas y cada una de las personas que presenciaron la desoladora escena.

Torpeamente me giré hacia el mar y contemplé cómo el agua me rodeaba por completo. La sal de mis lágrimas se mezcló con la

que cubría mi cuerpo y los sollozos entrecortados me devolvieron el último vestigio de humanidad perdida. En medio de la vorágine de sensaciones mis oídos captaron algo que me envolvió, me abstraigo y me llevó a un plano mucho más elevado. Ya no escuchaba las olas ni los murmullos de la multitud, sino que todo mi universo observable había quedado reducido a un sonido familiar, limpio y claro. Aquello provenía del cielo, así que levanté la vista y, protegido por la burbuja auditiva en la que estaba inmerso lo sentí, lo vi, lo escuché. Me envolvió. Una gaviota volaba en círculos sobre mi cabeza graznando sin cesar. No estaba seguro de nada excepto de aquello: estaba allí por mí, para mí. Alcé tímidamente mi destartalada mano tratando de atraparla, pero la percepción del espacio y la distancia es otra de esas cosas que no se lleva demasiado bien con la resurrección. Lo que sí conseguí con ello fue hacer que el pájaro cambiase de rumbo y convirtiera su trayectoria circular en una línea recta que apuntó directamente hacia la multitud. Su vuelo era rítmico y pausado, nada propio de una simple gaviota. Movido por una fuerza interior desconocida me levanté y fui consciente por primera vez del mundo que me rodeaba. Mirara donde mirara solo había mar, la infinitud de un océano recordándome lo diminuto de mi existencia. Retrocedí un par de pasos para analizar el peculiar terreno que engullía mis pies: la orilla de aquella playa resultó ser una península de arena que se adentraba un par de metros en el agua, una punta de lanza sorprendentemente regular que mordía la costa y dibujaba un paisaje único en forma de cabo.

Giré sobre mí mismo ciento ochenta grados e hice que la inmensidad de lo que a primera vista parecía una isla me golpease de lleno en el pecho. Un instinto irracional me gritó al oído que siguiese a esa gaviota. Di el primer paso hacia ella mientras terminaba de dibujar aquel paisaje en mi mente: el saliente sobre el que me encontraba resultó no ser demasiado extenso, tan solo un par de metros de arena se abrían camino entre las aguas para acabar fundiéndose de nuevo con el resto de una playa kilométrica de arena blanca

y fina que se extendía a ambos lados de aquella curiosa extremidad. Aquel magnífico arenal bordeaba un frondoso bosque tropical confeccionado en verdes y tierras de cuyo abrazo escapaba el sencillo color gris del pico de una montaña que sobresalía tímidamente entre la vegetación. En aquel instante el capricho que aquel pájaro me suscitaba se convirtió en necesidad, me obligó a abandonar aquella visión del paraíso e hizo de mi siguiente paso manzana prohibida que saboreé tras dedicar una mirada hacia la masa de gente que se interponía entre mi cuerpo y aquel irrefrenable deseo. Podía notar cómo me observaban con una mezcla de terror e incertidumbre sin parar de hablar entre ellos; sin embargo, sus susurros se perdían antes de llegar a mis oídos hechizados por el penetrante graznido del ave que poco a poco fue abandonando la península para adentrarse por completo en la vasta playa horizontal. Como si mis movimientos estuviesen guiados por unos hilos invisibles, comencé a acelerar en dirección hacia esa gente sin ni siquiera ser plenamente consciente de ello. Los pasos se convirtieron en zancadas y pocos metros después me encontré abriéndome camino entre una multitud que me bloqueaba el paso; algunos se echaron hacia los lados para no obstaculizar mi descontrolada huida, pero muchos otros se vieron superados por la sorpresa del momento y simplemente los arrollé. Los murmullos se convirtieron en gritos, alaridos de auténtico terror. Pasé por encima de cuerpos que se retorcían y pisé extremidades que se fracturaban bajo mis pies, y es que mi único cometido era atrapar a aquella gaviota y nada ni nadie iba a interponerse en mi camino. Una vez superada la maraña de gente que yacía en el suelo, el terreno se volvió más firme y abandoné la arena, miré hacia arriba y comprobé que las copas de los árboles bloqueaban la luz del sol y trasladaban aquella persecución al bosque que estaba a continuación de la playa. Las raíces de los árboles hicieron que tropezase un par de veces, pero nada ni nadie impediría que continuase mi frenética carrera contra los elementos.

La gaviota estaba ahí, justo delante de mis narices: casi podía tocarla. Se había visto obligada a descender drásticamente debido a la inmediata altitud y frondosidad del bosque. Me había convertido en un caballo desbocado, incapaz de sentir el dolor que provenía de mis manos mutiladas o cualquier otro estímulo que no fuese aquel endiablado sonido. Debería haber notado cómo mis pies pisaban ramas y piedras; sin embargo, la adrenalina bloqueaba cualquier sensación que me hiciese entrar en contacto con el mundo físico. Un par de arbustos me cerraron el paso, y, sin dudarle un minuto, salté para sortearlos. La mirada fija en mi objetivo, mis piernas impulsándome una y otra vez, cada vez más cerca, cada vez más cerca, cada vez más cerca... Estiré el brazo a punto de tocarlo, las ramas de los árboles se metían en mis ojos y me desgarraban la ropa, pero daba igual. Solo necesitaba un último impulso. Y entonces lo vi. Desvié un poco mi trayectoria para realizar el truco final, un árbol arrancado me serviría de plataforma de despegue. Ahí estaba la meta, el *grand finale*, abracadabra. Mi cuerpo se elevó en el aire durante unos instantes que parecieron eternos. Volé. Todo giraba a cámara lenta: la gaviota, mi respiración y los miles de ojos que parecían observarme desde todos los rincones del bosque. Mis dedos a punto de rozarla, mi rostro desfigurado por el ansia, la rabia, la locura. Su último graznido rasgó el cielo como quien rompe un folio por la mitad simplemente por disfrutar del placer de su sonido. No era como los que había estado escuchando durante toda la persecución. Era un grito desesperado. Un llanto amargo como morder un limón. Llamada de auxilio sin cobertura. El clímax que anticipa el desastre. Rocé su suave plumaje, lo acaricié y sentí cómo una tremenda corriente eléctrica recorría mi cuerpo, desde lo que una vez habían sido mis dedos hasta el último poro de mi piel. Aquella inesperada respuesta hizo que por un instante mi mente no supiese cómo reaccionar mientras dos seres en profunda comunión surcaban el aire y decapitaban la quietud del bosque. De repente, en medio de esta trascendental imagen noté un fuerte golpe en la cabeza. Y todo se volvió negro.